

PARTE PRIMERA

HISTORIA ANTIGUA DE NICARAGUA

CAPÍTULO I

Origen de la población

Estudio de la historia primitiva de Nicaragua—Sus relaciones con la del continente americano y especialmente con la de Centro-América—Su antigüedad—Fuentes á que hay que ocurrir—Nombre que dió Colón á los aborígenes—Origen de la población—Argumentos en contrario—Descubrimientos posteriores—Opinión científica—Quiénes fueron los primeros habitantes del país—Viajeros antiguos—Platón y otros autores se refirieron á América—Isagogue histórico

El estudio de la historia primitiva de Nicaragua, se relaciona con la de todo el continente americano, y de una manera más especial con la de Centro-América de que formó parte en los tiempos de Kicab I del Quiché, durante la dominación de España y un poco después; pero tanto la una como la otra se remontan á una antigüedad tal, que se hace imposible llegar, con

2

toda certeza, á su origen primitivo, sobre todo teniendo que recurrir, como única fuente, á las imperfectas tradiciones de los aborígenes y á las noticias transmitidas por cronistas españoles que, además de ser interesados en el sentido de justificar los desórdenes de la conquista y de sorprender con relaciones maravillosas, solían, con este objeto, mezclar en sus relaciones una multitud de fábulas absurdas.

Sin embargo, careciéndose en absoluto de otras fuentes históricas para ordenar la relación de los hechos notables de nuestra primera época histórica y dar cuenta de su civilización y modo de ser, debemos referirnos también á esos mismos cronistas, apartando lo que en ellos encontremos de conocidamente interesado ó inverosímil.

Cuando los españoles descubrieron el territorio americano, encontraron varias tribus de habitantes que, bajo muchos conceptos, diferían de los de las naciones del Viejo Mundo.

Colón, que estaba en la creencia de que el territorio descubierto formaba parte de las Indias Orientales, dió el nombre de *indios* á sus habitantes.

Varias opiniones hay en la actualidad acerca del origen primitivo de las sociedades americanas; pero los historiadores modernos no vacilan en afirmar que la primitiva población aborígen debió su origen al Continente Oriental.

Los sabios antiguos creían un imposible el que, estando la América separada de aquel continente por un océano de tres mil millas de ancho por un lado, y por una extensión de agua tres veces mayor por el otro, pudiera haber existido comunicación, máxime si se atiende á que, en aquella remotísima época en que debió tener lugar el suceso, los buques eran pequeños y frágiles todavía no era conocida la brújula,

y los navegantes no se atrevían á lanzarse á mucha distancia de las costas.

Pero descubrimientos posteriores han puesto en evidencia un hecho desconocido por los filósofos de hace trescientos años. La América se va ensanchando rápidamente á medida que se aproxima al Norte, y allí se adelanta en el océano hasta no quedar más que una distancia de treinta y seis millas entre ella y el Asia, con una travesía corta que puede hacerse fácilmente, en aquel punto, á favor de una corriente que se dirige á la costa americana. Además, el estrecho de Behring se hiela completamente en estaciones rigurosas y presenta otro medio de comunicacion mucho más fácil, por el cual se atraviesan animales de diferentes especies del un continente al otro.

La Geología, ciencia que también desconocieron los antiguos, nos dice que durante el período plioceno en que apareció el hombre, ya existían los océanos Pacífico y Atlántico, separando las grandes porciones de la tierra, principalmente en las zonas tórrida y templada, y que hubo entonces y por mucho tiempo después la comunicacion de América con Asia por un istmo, cuyos restos existen en las penínsulas de Alaska (América) y los tehukchies (Siberia).

El estrecho de Behring, que en su mayor profundidad no tiene más de 180 pies y en cuyo centro pueden anclar los buques balleneros, marca el punto en que las revoluciones geológicas posteriores al período plioceno, sumergieron el istmo de comunicacion.

En apoyo de las teorías modernas acerca del origen de los pueblos americanos, viene también la etnología de nuestros días que, en sus estudios comparativos del cuerpo humano, encuentra caracteres comunes de raza entre los hijos del Nuevo Mundo y los habitantes de los pueblos mongólicos del Asia.

Conformándonos, pues, con los autores modernos, daremos por sentado, que los primitivos habitantes de Centro-América pertenecieron á la raza mongólica y tuvieron su origen en Asia.

De las tradiciones aborígenes del pueblo centro-americano resulta, que muchos siglos antes que los españoles descubrieran el territorio, llegaron al país hombres de una raza extranjera que, mezclándose é identificándose con los primitivos habitantes, introdujeron los gérmenes de una civilización nueva y positiva.

Objeto de serias investigaciones ha sido también la averiguación de quiénes fueron esos extranjeros que importaron la primera civilización á Centro-América. Con este motivo se ha recordado á los más antiguos navegantes de que da cuenta la Historia y se han hecho estudios que han arrojado alguna luz sobre el particular. En la época de Salomón habían ya hecho distintos viajes á Ophir los navegantes fenicios. Un poco después el cartaginés Jano navegó treinta días al Oeste del estrecho de Gibraltar, y se dice que los egipcios, tan hábiles y osados, organizaron también, 600 años antes de Jesucristo, una expedición que partió del istmo de Suez en el mar Rojo y navegó explorando por toda la costa de Africa hasta llegar al punto opuesto del istmo.

Revolviendo archivos y bibliotecas, se ha encontrado que Platón y otros muchos escritores de la antigüedad, hablan en sus obras, como de una cosa corriente en aquel entonces, de una gran isla, mayor que Europa y Africa y que suponían situada al Occidente

Partiendo de los datos anteriores y haciendo deducciones, se han externado varias opiniones que sería prolijo puntualizar; pero los sabios que se han dedicado á hacer estudios comparativos y que se han fijado

en los monumentos, calendarios, geroglíficos, usos, creencias y tradiciones de nuestros aborígenes, han creído reconocer en América, rasgos exclusivos de la civilización Oriental y dado, casi como un hecho cierto, que fueron navegantes fenicios los que importaron esos primeros gérmenes al Nuevo Mundo y los que mezclándose con los primitivos habitantes, ejercieron una superioridad indisputable en todo el país, pudiendo de esta manera desarrollarlos más fácilmente.

Apoya la opinión anterior lo que refiere una antigua crónica aborigen, escrita por un español del siglo décimo sexto, que se conservó por mucho tiempo en el archivo de Chiapas. Tiene por nombre *Isagogue*, y en ella dice su autor, que al Oriente del pueblo de Ocosingo, entre edificios antiquísimos, se destacaban ocho torres labradas con arte singular, en cuyas paredes se veían esculpidas estatuas y escudos que representaban personajes vestidos con trajes militares distintos de los de los aborígenes y muy semejantes á los usados en otro tiempo en el antiguo mundo. Los hombres llevaban morriones y penachos, armaduras hasta los muslos, bandas que les ceñían el cuerpo, y los pies calzados con botillas que llegaban hasta media pierna.

El autor de *Isagogue* asegura también, que una indígena de San Juan de Sacatepéquez le dió, por vía de presea, una moneda de Trajano, que sólo pudo ser llevada á América por romanos ó por gentes que hubieran comerciado con ellos como los fenicios.

La existencia de las ocho torres no puede ponerse en duda, porque sus restos existen hasta el día y son justamente las célebres ruinas del Palenque. Lo de los personajes así vestidos y lo de la moneda de Trajano, debemos suponer que también sea cierto, porque posteriormente, en México y en el Oeste de los Estados- Unidos, se han encontrado objetos pertenecientes á

los aborígenes, que han comprobado las relaciones de estos pueblos con el Continente Oriental.

El Abate Brasseur de Bourbourg, que consagró la mayor parte de su vida al estudio de las lenguas, tradiciones y monumentos indígenas, cree que la civilización americana no fué importada del otro continente. Aquel ilustre escritor, apoyado en argumentos geológicos, históricos y lingüísticos de gran peso, y sobre todo en códices mexicanos y centro-americanos, concluye por afirmar que el territorio de lo que es hoy Colombia, Centro-América y México, se extendió en un tiempo sobre el Océano Atlántico hasta las islas Azores: que uno ó varios cataclismos hicieron desaparecer la parte que hoy falta, y que no sólo no recibimos nada del Asia, sino que aquí fué la cuna de la civilización del mundo. Con esta teoría se conforma también la antigua historia de la Atlántida de Platón y la apoyan hombres tan autorizados, como el historiador don José Milla y otros.

CAPÍTULO II

Continuación del origen de los habitantes

Lugar por donde entraron los fenicios ó sus descendientes—Invasión de Balúm-Votán y fundación del poderoso imperio de Shibalbay—¿Quién fué Votán?—Principios de la civilización centro-americana —Llegadas sucesivas de los nahoas, de los mames, de los quichés y de los pipiles—Monarcas del Quiché

El lugar por donde penetraron los fenicios ó los descendientes de éstos al territorio de Centro-América, ha sido también tema de discusión para los que se han dedicado al estudio de las sociedades primitivas de América. Unos los hacen venir directamente del Asia por el estrecho de Behring penetrando por el Norte; otros, por las islas Aleutianas ó por una navegación directa á California, de donde se supone que se internaron á México y llegaron á Yucatán; y no faltan también quienes sostengan, que por el contrario, la invasión civilizadora penetró por el Este, se fijó en Yucatán, y de ahí se extendió hasta México por el Norte y hasta Panamá por el Sur.

Las antiguas tradiciones que se refieren á la primera invasión del país, hablan de varias tribus de hombres superiores que suponen provenientes de la Isla de Cuba, y que penetrando hasta Tabasco, sometieron fácilmente las hordas salvajes que poblaban el territorio. Los capitaneaba su jefe, Balúm-Votán,

por lo cual se les llamó votanes ó votánides, y verificaron su invasión como mil años antes de Jesucristo, pasando por partes y por la vía marítima á la punta de Yucatán, de donde se dirigieron á Chiapas y fundaron el poderoso imperio de Shibalba ó Shibalbay, (*Xibalba*) cuya capital fué la célebre ciudad de Culhuacán ó Nachán, ahora ruinas de Santo Domingo del Palenque.

Varios cronistas dan pormenores acerca de Balúm-Votán, de quien se asegura dejó escrita una memoria que contiene sus grandes hechos y viajes; pero otros ponen en duda la existencia de tal personaje, considerándolo únicamente como la personificación de una de las épocas mas antiguas de civilización en América, y creen que la leyenda de Votán es, no solamente de origen asiático, sino que presenta muchos puntos de afinidad con otras del antiguo continente.

Sea de esto lo que fuere, las tradiciones aborígenes remontan á esa fecha los gérmenes de su civilización, atribuyendo á Votán la enseñanza del culto é idea de la unidad de Dios, la agricultura y especialmente el cultivo del maíz.

Después de terminada su obra civilizadora, Votán regresó á su país, y no vuelve á hacerse ninguna otra mención suya en las crónicas indígenas.

En ausencia de Votán, el imperio de Shibalbay fué gobernado por una serie de monarcas, que comienza en Chanán y termina en Akbal.

La corrupción de las costumbres y las guerras intestinas fueron debilitando el imperio fundado por Votán, hasta su completa decadencia y ruina, seiscientos años después en que apareció la irrupción de los nahuas ó nahoas, nuevos inmigrantes capitaneados por cuatro *amoxoaques* (sabios y guerreros), que fundaron la ciudad de Tula al SO. de Nachán. Esta nue-

va población fué muy luego una temible y poderosa rival de la anterior, que alcanzando cada día mayor grado de progreso y cultura, acabó por arrebatarse la supremacía de todo el país.

Nachán corrió la suerte de las ciudades vencidas y sus despojos sirvieron para aumentar el poderío y grandeza de su opulenta rival.

Después de dos mil años, sus ruinas situadas á inmediaciones del actual pueblo de Ocosingo, dan un testimonio evidente del adelanto que alcanzó.

Los Nahuas ó Nahoas, más conocidos con el nombre de tultecas se cree que también vinieron del Oriente (1). Su jefe Quetzalcohalt (2) atravesó con ellos el océano y desembarcando cerca de Tampico pasó á Campeche y fundó la ciudad de Xicalanco en una isla pequeña de la laguna de Terminos. Después de sufrir muchas penalidades resolvió el jefe, con una gran parte de ellos, retirarse nuevamente á su patria; pero los demás, bajo la dirección de sus cuatro *amoxoaques* penetraron al territorio, se establecieron en él y se extendieron por el Norte hasta Tehuantepeque, y por el Sur hasta Coatepeque, formando un pueblo numeroso.

Quezalcohalt es conocido también, en las tradiciones indígenas de Guatemala con el nombre de Gucumatz.

Los shibalbaidas se vieron obligados á emigrar y tomaron distintas direcciones. Muchos de ellos, en el siglo VII, de nuestra era, fueron á fundar al Norte de México, un nuevo imperio á cuya capital dieron

(1) Mr. Levy, autor de la "*Geografía de Nicaragua*" supone á los Nahoas descendientes de los votanes que quedaron en Cuba cuando Balúm-Votán vino. Tal afirmación no la encontramos en ninguna otra parte--(N. del A.)

(2) Milla y otros escriben Quezalcolmalt.

el nombre de Tula ó Tollán, de donde les vino á ellos el de tultecas ó toltecas; pero parece que en el siglo XI hubo una gran escasez de lluvias que ocasionó hambre y peste y los obligó á regresar á Centro-América, acaudillados por su Rey Topilzu Axitl, y fundaron en Honduras el Reino de Payaquí (1) con Copantl de capital. Sus límites se extendieron más tarde á Chiquimula y á una parte del territorio del Salvador.

Desde esta fecha la historia del país presenta datos más seguros.

No todos los tultecas de México se establecieron en Payaquí. Algunos de ellos habían emigrado varios años antes y se habían esparcido por la costa Sur de Centro-América, tomando el nombre de chorotegas ó chorotecas, de donde quedó el de Choloteca á una población que fundaron en el pueblo en que terminó su colonización; y otros se quedaron en México y vinieron después con el nombre de quichés, asociados de las demás tribus que sojuzgaron el país, como lo veremos adelante.

Después del regreso de los tultecas, aparecieron por el Norte nuevas tribus invasoras, á quienes, por su incorrecta pronunciación, se dió el nombre de mames. Estos se apoderaron del país á viva fuerza y destruyeron las ciudades rivales de Tula y Nachán.

A su vez los mames fueron más tarde desalojados del territorio por las tribus de quichés, cachiqueles y zutugiles, capitaneados por cuatro caudillos hermanos, llamados Nimá Quiché, Balán Acab, Machuchutab é Iebalán.

Dueños del territorio los nuevos invasores, establecieron tres señoríos; el de los zutugiles, al Sur del la-

(1) Otros llaman Hueytlato—(N del A.)

go de Atitlán; el de los cachiqueles, al Norte del mismo lago; y el de los quichés, desde la Sierra Madre hasta la costa de Suchitepéquez. Estos tres señoríos formaron una monarquía y fué su jefe Nimá Quiché, que era el principal de los cuatro caudillos hermanos.

A la muerte de Nimá Quiché, ocupó el trono su hijo Axopil. Éste, después de haber gobernado muchos años, encontrándose ya en una edad avanzada, dividió su corona en tres partes, que formaron tres reinos distintos. Dió el reino Cachiquel á su hijo Jiutemal, el Zutugil á su otro hijo Axicoat y reservó para sí el del Quiché.

No tardó Axopil en probar el amargo fruto de semejante medida. Axicoat, cegado por la ambición llevó la guerra á su hermano Jiutemal con objeto de arrebatarle la corona cachiquel, que quiso para sí. Afortunadamente Axopil era bastante poderoso todavía y su intervención logró restablecer la paz.

Muerto Axopil, la corona del Quiché pasó á su hijo Jiutemal.

Axicoat, que aspiraba al dominio completo del lago de Atitlán, no pudo ser indiferente á la elevación de su hermano y le promovió una larga y sangrienta guerra, que vino á terminarse hasta después de muerto Jiutemal, cuando su hijo y sucesor triunfó completamente de los zutugiles.

Durante la guerra de los dos hermanos, Jiutemal, con objeto de dar más seguridad á sus dominios, hizo construir en su reino las monumentales fortificaciones del Resguardo y de la Atalaya, cuyas ruinas existen todavía, y atestiguan la civilización de aquel tiempo. (1)

(1) Véase al fin la nota A.

Humahpú, hijo y sucesor de Jintemal, fué no solamente un guerrero aventajado, sino también un sabio rey, á quien se atribuye el cultivo del cacao y la manera de prepararlo como alimento.

Le sucedió en el trono su hijo Balán Acab, amigo y pariente de Zutuhilebpop Rey de Atitlán ó Zutugil.

Reinaba entre ambos monarcas la mejor amistad, cuando el de Atitlán, abusando de la confianza y buena acogida de Balán Acab, se asoció de su favorito Iloacab y cometió el rapto de las princesas Ixcum-socil y Elexispua, hija la primera y sobrina la segunda del Rey del Quiché.

Una memorable y sangrienta guerra estalló entonces entre ambos reinos. Las crónicas aborígenes se extienden en sus detalles y la llaman "guerra de las princesas."

Algunos escritores modernos creen encontrar en la leyenda anterior muchos puntos de semejanza con la de la hermosa Elena, mujer del Rey Menelao, robada por el joven Páris, y que dió origen á la guerra de Troya.

Después de varias batallas hubo una muy sangrienta, en la que Balán Acab perdió la vida, sucediéndole en el trono el general Mancotah, que también heredó el odio de aquel.

Zutuhilebpop falleció poco después, sin ver terminada la guerra, reemplazándole el valeroso joven Rumal-Ahau, que levantó un ejército de 50 mil hombres, con el cual se enfrentó á los 80 mil que comandaba Mancotah.

Cuando se libró la batalla, aconteció el caso singular de que Mancotah y Rumal-Ahau combatiesen personalmente, saliendo herido el último y derrotadas sus huestes. Mancotah murió poco después del triun-

fo, cargado de años y rodeado de la admiración del pueblo por sus virtudes guerreras.

A Mancotab sucedió Iquibilán, que reunió 200 mil combatientes, con los cuales asedió por todas partes á los zutugiles, arrebatándoles los señoríos de los pipiles y de Zapotitlán.

Kicab I, llamado después el *Grande*, fué el sucesor de Iquibilán. En numerosas y reñidas batallas logró dominar completamente á los zutugiles y agregarlos á su corona; y no contento con ésto, prosiguió la conquista de los demás pueblos limítrofes y extendió la monarquía desde los confines de Chiapas hasta los de Nicaragua.

El reinado de Kicab fué muy dilatado; pero en sus últimos años ocurrió una revolución, que concluyó por reducir la monarquía del Quiché á sus antiguas posesiones, obteniendo de esta suerte su independencia los países vecinos, que, celosos unos de otros, se mantuvieron en guerras no interrumpidas hasta la llegada de los españoles.

Catorce fueron los monarcas que gobernaron el Reino del Quiché desde Nimá Quiché su fundador, hasta Tepepul III, llamado también Sequechul ó Sinacán que fué destronado en el siglo xvi por Alvarado, conquistador español de Guatemala.

De todos esos reinados hay crónicas detalladas, que revelan el alto grado de civilización que alcanzaron los pueblos del Quiché y del cual nos ocuparemos en otro lugar.

En nuestra relación hemos hablado de los *pipiles*. Ocupaban estos las costas de Chiquimulilla, Sonsonate y Chaparrastique (hoy San Miguel del Salvador) y fueron enviados de México por el Emperador Ahuitzol, que deseaba ir adquiriendo influencia y dominación en Centro-América. Con efecto, los nuevos in-

Humahpú, hijo y sucesor de Jitumal, fué no solamente un guerrero aventajado, sino también un sabio rey, á quien se atribuye el cultivo del cacao y la manera de prepararlo como alimento.

Le sucedió en el trono su hijo Balán Acab, amigo y pariente de Zutuhilebpop Rey de Atitlán ó Zutuhgil.

Reinaba entre ambos monarcas la mejor amistad, cuando el de Atitlán, abusando de la confianza y buena acogida de Balán Acab, se asoció de su favorito Hoacab y cometió el rapto de las princesas Ixemusocil y Ecxelispua, hija la primera y sobrina la segunda del Rey del Quiché.

Una memorable y sangrienta guerra estalló entonces entre ambos reinos. Las crónicas aborígenes se extienden en sus detalles y la llaman "guerra de las princesas."

Algunos escritores modernos creen encontrar en la leyenda anterior muchos puntos de semejanza con la de la hermosa Elena, mujer del Rey Menelao, robada por el joven Páris, y que dió origen á la guerra de Troya.

Después de varias batallas hubo una muy sangrienta, en la que Balán Acab perdió la vida, sucediéndole en el trono el general Mancotah, que también heredó el odio de aquel.

Zutuhilebpop falleció poco después, sin ver terminada la guerra, reemplazándole el valeroso joven Rumal-Ahaux, que levantó un ejército de 50 mil hombres, con el cual se enfrentó á los 80 mil que comandaba Mancotah.

Cuando se libró la batalla, aconteció el caso singular de que Mancotah y Rumal-Ahaux combatiesen personalmente, saliendo herido el último y derrotadas sus huestes. Mancotah murió poco después del triun-

CAPÍTULO III

Población de Nicaragua

Oscuridad de las crónicas antiguas—Los primeros habitantes—Inmigrantes que llegaron después—Causas que motivaban las inmigraciones—Llegadas sucesivas de los votanes, nahoas y mames—Retiro de los caribisis—Invasión del conquistador quiché—Reflejase la civilización de Utaatlán—Excursión mexicana.

Más oscuras todavía que las del resto de Centro-América, son las crónicas que pueden dar alguna idea sobre el origen del pueblo primitivo que existió en el territorio de lo que es hoy Nicaragua.

Los primeros habitantes, de origen mongólico, como los demás del continente americano, hicieron en sus primitivos tiempos la vida nómada de los pueblos salvajes; pero parece ser muy cierto que inmigrantes de México y de las naciones vecinas, que llegaban organizados en tribus, fueron sucesivamente ocupando el territorio y formando de una manera paulatina la sociedad aborígen de estos pueblos.

El derecho del más fuerte reguló en América, como en todo el mundo, el orden de las primitivas sociedades. Descansando en él, las tribus civilizadas, que por lo regular eran las más fuertes, se reservaron la mejor parte del territorio nicaragüense, y obligaron á las vencidas á desocuparlo y á retirarse á las extremidades más remotas.

Nuestras antiguas tradiciones hablan con frecuen-

migrantes fueron bien acogidos, y aunque se les dió el nombre de pipiles, (muchachos) porque hablaban el idioma mexicano como si fuesen niños, adquirieron alguna influencia en el país; pero la perdieron, cuando trataron de introducir los sacrificios humanos usados en México, que los pueblos del Occidente de Centro-América miraban con horror.

na algunos de los toltecas mexicanos, que hemos visto atrás con el nombre de chorotegas, se internaron desde Choluteca, no sabemos cómo, á las regiones centrales de Nicaragua y fundaron un nuevo señorío, que se extendió desde la actual ciudad de León hasta las márgenes del Gran Lago.

Los caribisis, desalojados nuevamente de sus últimas posiciones y huyendo de la esclavitud en que forzosamente deberían caer, se retiraron por la costa norte del Gran Lago, y no pararon hasta que los separó de sus enemigos la cordillera andina, en cuya vertiente oriental se establecieron, extendiéndose por las playas del Atlántico, en las que los encontró Colón en su cuarto y último viaje.

Un poco después algunas tribus de los mames, huyendo de los quichés, cachiqueles y zutugiles, se desviaron en su fuga un tanto al norte, evitando indudablemente el contacto con los pueblos del tránsito, y se situaron pacíficamente en las vertientes de la cordillera central de Nicaragua, más allá de los lagos. Vivieron apartados de las relaciones de sus vecinos que los consideraron siempre como salvajes, carecieron de grandes ciudades y sus pueblos principales fueron Lovigüisca, Matagalpa y Palacagüina. Se les designó con el nombre de Chontales y conservaron siempre su idioma primitivo.

Cuando, á fines del siglo xv, el deseo de conquista llevó á Kicab el Grande hasta el golfo de Nicoya, quedaron sujetos á su dominación, por algunos años, las tribus de chorotegas y niquiranos que ocupaban la parte central de Nicaragua. El contacto con los quichés produjo, como es consiguiente, algunas modificaciones en las costumbres y aun en el idioma. La civilización de Utatlán reflejóse entonces en estas apartadas regiones, aunque débilmente; pero lo bastante, para que los

cia de las varias inmigraciones que hubo en los tiempos primitivos. Estas inmigraciones reconocían por causas, bien sangrientas guerras en que necesitaban librarse de la oprobiosa servidumbre que les correspondía como vencidos, bien hambres y epidemias que asolaban las regiones donde vivían.

Organizados en tribus pasaban al hermoso y rico suelo nicaragüense á recobrar la libertad perdida que aquí nadie les disputaba, ó á buscar una alimentación fácil y suculenta que por todas partes les brindaba el país.

Todo induce á creer que los caribisis fueron los primeros habitantes de Nicaragua. Dueños absolutos del suelo, ocuparon los lugares más escogidos de la costa Sur, en donde el ardor del clima estaba más en consonancia con la ligereza de sus vestidos y en donde también la tierra más rica en producciones, presentaba facilidades extraordinarias para la vida que llevaban. Sus pueblos principales estaban inmediatos á los lagos y á la costa del Pacífico, y la caza y la pesca, que formaban sus ocupaciones favoritas, tenían ancho campo donde extenderse.

Se recordará que cuando los nahoas vencieron á los vótanos ó shibalbaidas, éstos se dispersaron, tomando la mayor parte de ellos el camino de México y otros internándose al Este de la ciudad de Nachán. Estos últimos avanzaron hasta la parte occidental de Nicaragua y se establecieron, obligando á los caribisis á retirarse al interior.

Los nuevos pobladores ocuparon casi toda la costa del Pacífico á lo largo de sus playas, y los que hoy son departamentos de Chinandega y Rivas, formaban un poderoso señorío ó cacicazgo, cuyos habitantes tenían el nombre de niquiranos.

Más tarde, por los siglos XI y XII de la era cristia-

CAPÍTULO IV

Situación de Centro-América á fines del siglo XVI

Estado de su civilización—División del territorio—Diversidad de lenguas—Agricultura—Animales domésticos—Industria fabril—Papel y libros—Historia del país—Poesía y bellas artes—Calendario tulteca—Comercio y vías fluviales

Cuando los españoles llegaron á Centro-América, encontraron una civilización bastante adelantada para aquella época.

Las ruinas de las ciudades de Tula y Nachán (cerca del Palenque) de Uxatlán, de Botzumalguapa (Escuintla) de Copán y de otras muchas, dan una idea muy favorable de la arquitectura indígena. Sus construcciones de piedra canteada y calicanto, no carecían de regularidad y elegancia, viéndose, en muchas de ellas, estatuas y bajos relieves que deben haber sido ejecutados por hábiles artistas. (1)

Las sociedades de los pueblos centro-americanos, en algunas de sus principales ciudades, habían con efecto, alcanzado un grado tal de adelanto, que sólo diferían muy poca cosa de la cultura y magnificencia que los españoles tuvieron que admirar en los aztecas de México y en los incas del Perú.

A principios del siglo XVI, se hallaba dividido el te-

(1) Véase la nota B, puesta al fin

pueblos tuvieran ideas filosóficas, leyes, usos sociales, libros, conocimientos astronómicos, etc., etc.

Los chontales y caribisis, según parece, no fueron dominados por el conquistador quiché. Éste, ó les prestó poca importancia, ó no tuvo noticia de ellos. Su situación geográfica por una parte, su pobreza y atraso por otra, eran motivos más que suficientes, para mantenerlos á salvo de toda mirada ambiciosa. Debido á esta circunstancia, su estado fué siempre el mismo, hasta la llegada de los españoles.

Las crónicas mexicanas se refieren á una invasión de aztecas, en tiempo del emperador Ahuitzolt, que llegó hasta las costas del Sur de Nicaragua. Probable es que los restos de esa expedición se hayan mezclado con los niquiranos y orotinas y contribuido á la introducción de los sacrificios humanos, que practicaron estas tribus.

CAPÍTULO IV

Situación de Centro-América á fines del siglo XVI

Estado de su civilización—División del territorio—Diversidad de lenguas—Agricultura—Animales domésticos—Industria fabril—Papel y libros—Historia del país—Poesía y bellas artes—Calendario tulteca—Comercio y vías fluviales

Cuando los españoles llegaron á Centro-América, encontraron una civilización bastante adelantada para aquella época.

Las ruinas de las ciudades de Tula y Nachán (cerca del Patenque) de Utatlán, de Botzumalguapa (Escuintla) de Copán y de otras muchas, dan una idea muy favorable de la arquitectura indígena. Sus construcciones de piedra cantada y calicanto, no carecían de regularidad y elegancia, viéndose, en muchas de ellas, estatuas y bajos relieves que deben haber sido ejecutados por hábiles artistas. (1)

Las sociedades de los pueblos centro-americanos, en algunas de sus principales ciudades, habían con efecto, alcanzado un grado tal de adelanto, que sólo diferían muy poca cosa de la cultura y magnificencia que los españoles tuvieron que admirar en los aztecas de México y en los incas del Perú.

A principios del siglo XVI, se hallaba dividido el te-

(1) Véase la nota B, puesta al fin

territorio de Centro-América en estados independientes sobre algunos de los cuales conservaba restos de soberanía el rey del Quiché.

En lo que hoy es Guatemala, se hallaban los quichés, cachiqueles, zutugiles, mames y pocomanes formando reinos y señoríos separados; el territorio del Salvador formaba parte del Reino de Payaquí por un lado, del de Cuscatlán por otro, y en sus costas se encontraba el señorío de los pipiles; el de Honduras formaba también parte del Reino de Payaquí, por un extremo, y por el otro del de los mosquitos ó caribisis; Nicaragua formaba parte del mismo Reino de los mosquitos, y en el resto de su territorio se encontraban los señoríos de los chorotegas, chontales y niquiranos, y Costa-Rica abrazaba el territorio que ocupaban las tribus de los quepos, chiripós, guatuzos, guetares, pacacas, chiras, chorrotos, valientes, orotinas y talamancas.

Había, como es consiguiente, diversidad de idiomas en todo el país. En lo que hoy es Guatemala predominaban las lenguas quiché, cachiquel, pocomán, nahualt, pipil y otras; en el Salvador, pipil, nahualt, chortí y pocomán; en Honduras, ulba, chontal ó maya y pipil; en Nicaragua, pipil corrupta, mangue, maribio, pontón y chontal, y en Costa-Rica, materna y mangue.

La ciudad más adelantada era Umatlán, capital del Quiché, hermosísima población, con suntuosos palacios y grandes edificios públicos, entre los cuales se contaba un colegio en que se educaban de cinco á seis mil jóvenes por cuenta del Estado, (1) y las monumentales fortificaciones del Resguardo y de la Atala-

(1) Parecerá excesivo este número; pero téngase presente que era colegio militar en que se educaba casi toda la juventud. Juarez, Milla y otros están conformes con este número—(N. del A.)

ya que estaban muy bien situadas y con arreglo al arte militar. La agricultura se encontraba floreciente y los indígenas se dedicaban á ella, estimándola como una de las fuentes de riqueza pública. Cultivaban con esmero el maíz, que les servía para distintos usos, los frijoles y garbanzos, el cacao, el algodón, el tabaco, los plátanos, cebollas, camotes, calabazas, ayotes, quequizques, papas y otras muchas raíces y plantas, entre las que se contaba el maguei, que les servía como textil y del cual extraían un jugo, el *pulque*, que fermentado lo usaban como bebida alcohólica. Beneficiaban la cochinilla y el añil, aunque de una manera imperfecta, el caracol de tinte y algunos otros colores que sacaban de los vegetales y minerales.

No eran conocidos los animales domésticos de Europa; pero en su lugar se domesticaban, y servían perfectamente, ciervos ó venados, varias especies de faisanes, paugiles, pavos monteses, varias clases de gallinaceas; cerdos de almizcle y tepescuintles ó guardatinajas, que engordados les servían de alimento.

La industria fabril encontrábase bastante adelantada. Los indígenas fabricaban tejidos de algodón, que teñían con vistosos colores, daban al cobre mezclándolo con estaño una consistencia tan sólida, que les servía para formar hachas y otros instrumentos, en que se necesitaba del acero templado; (1) extraían metales preciosos y trabajaban joyas bien cinceladas; aprovechando las plantas textiles, fabricaban *petates*, ó esteras de diversos colores, cestos, petacas, lazos, redes, hamacas, etc. con las diversas clases de calabazas hacían jícaras y otros objetos muy bien esculpidos, de

(1) Esta mezcla de cobre, era muy semejante al *jairos* de que en la antigüedad se sirvieron los griegos y romanos, compuesto de 87 partes de cobre, 3 de hierro y 9 de estaño—(N. del A.)

uso doméstico; fabricaban vasos, jarros y otros utensilios de barro de diversas figuras, y les daban colores con ciertas aguas y sedimentos minerales (1); y finalmente con plumas de distintos colores, que entretregían con arte y habilidad: fabricaban también preciosos tejidos, que fueron más tarde admirados en Europa.

Existía una especie de papel, que se preparaba con la corteza de un árbol llamado *amat*, y en éste, lo mismo que en lienzos de algodón y en pieles de venado, se consignaban los hechos históricos por medio de geoglíficos, y se trazaban cartas geográficas bastante exactas. A Hernán Cortés le dieron una los indios de Goazoaleo, y pudo guiarse perfectamente con ella en su expedición á Honduras.

Había libros, y se formaban de una tira de pergamino de cuero de venado, de 30 pies de largo por 4 pulgadas de ancho, la que se guardaba doblándola, como hacemos hoy con los mapas de bolsillo, hasta reducirla á un pequeño volumen. En ellos se dibujaban, con tinta negra ó roja, las heredades de cada uno, delineándolas con sus ríos, bosques, divisiones y linderos.

La historia del país se mantenía archivada, y personas especialmente encargadas de ella, escribían grandes libros, que se conservaban con cuidado. Desgraciadamente el celo religioso de los misioneros españoles, según dice el padre Las Casas, dió fin con todos ellos, arrojándolos al fuego como tradiciones del demonio.

Las poesías centro-americanas, de aquel entonces,

(1) En la huaca de Sensuntepeque (el Salvador) fué reconocido, en 1806, un vaso de loza blanca sin barniz, de figura cónica boca de clarín (Memoria del Arzobispo Peláez)

eran fluidas, sonoras, llenas de gracia y de fácil verificación. No era desconocida la epopeya; pero se usaba más del estilo pastoril. Todavía en los departamentos occidentales de Guatemala, en donde se conservan en toda su pureza los idiomas quiché y cachi-quel, son recordadas muchas de las primitivas poesías, y ellas atestiguan lo que dejamos dicho.

Las bellas artes también ocupaban un importante lugar. La pintura se cultivaba, valiéndose del papel de *amat* y de lienzos de algodón y empleando los colores que producían las tierras metálicas y las plantas tintóreas. Pinturas hubo en los doseles de los reyes y príncipes quichés, que se conservaron por muchos siglos.

La escultura y la música, eran igualmente familiares á los aborígenes del siglo XVI. De la primera encontramos muestras admirables en los capiteles y bustos de las ruinas de Copán (1); de la segunda sabemos que era sentimental y expresiva, llegando hasta nosotros muchos de sus instrumentos músicos, tales como el tún, la marimba ó piano indio, la flauta, la chirimía, etc.

Pero en donde mejor podía valorarse el estado de la civilización indígena, era en el modo de medir el tiempo. Usábase un calendario bien arreglado, que correspondía al europeo, en cuanto estaba fundado en el movimiento anual de la tierra al rededor del sol, se diferenciaba en las subdivisiones, porque repartían los 365 días del año en 18 meses de 20 días, y los sobrantes los intercalaban al fin de cada siglo que se componía de 52 años, dividido también en cuatro períodos de 13 años cada uno.

(1) El Gobierno del Salvador mandó en 1888, una comisión á estudiar las ruinas de Copán; y la descripción de éstas confirma en un todo la relación de los cronistas del siglo XVI—(N. del A.)

El calendario que Cortés encontró en México, cuando la conquista de Nueva España, era el mismo de que venimos dando cuenta.

Un Congreso de sabios indígenas reunido en la ciudad de Tula, 600 años antes de Jesucristo, fué entre nosotros, el autor de esa obra tan notable que reconoció como verdad matemática el movimiento de la Tierra, dos mil años antes que Galileo en Europa.

El comercio estaba reputado como fuente de riqueza pública, y se hacía con los países limítrofes, dándose géneros de algodón y otros objetos, en cambio de cacao, que servía como moneda corriente en todos los pueblos de Centro-América. (1)

Con objeto de dar ensanche á ese mismo comercio, se establecieron en algunos lugares, ferias periódicas, á las que concurrían los comerciantes con su tren de mercaderías, hospedándose en las ventas y posadas.

El tráfico por los ríos, lagos y esteros se hacía en canoas con remo y velas, cubiertas algunas veces con toldos de *petates* para comodidad de los navegantes.

(1) Comerciabán con los pueblos de México, en donde también se recibían como moneda, piezas de manta, granos de oro y piezas de cobre, y es probable que también aquí fuese lo mismo— (N. del A.)

CAPÍTULO V

Creencias y prácticas religiosas

Religión de los aborígenes—Ligereza de los cronistas españoles—Indignación de éstos por los sacrificios indígenas—Génesis quiché—Variedad de creencias—Mitología religiosa—Divinidades mayores y menores—Festividades del culto—Templos—Sacrificios humanos—Antigüedad de estos últimos—Los sacerdotes y su confluencia social—Días de descanso—Confesión auricular

Las creencias religiosas de los aborígenes, que los cronistas españoles han juzgado con demasiada ligereza, no son tan conocidas que se pueda aventurar un juicio exacto acerca de ellas.

Examinadas filosóficamente y con algún detenimiento, no se diferencian mucho de las de los demás hombres.

En las clases sociales más instruidas, que eran las que creaban el dogma, existía la idea de un creador supremo, señor del universo; en las otras, es decir, en la gran mayoría de los ignorantes y de los débiles, los atributos del poder supremo se personificaban como en todas partes, y la idea divina se oscurecía en un simbolismo, tanto más grosero, cuanto más descendía á las capas populares.

En algunos de los pueblos de Centro-América se manifestaba todavía la necesidad del rescate en su forma primitiva y cruel, la de los sacrificios humanos.

La sangre de los esclavos y prisioneros de guerra corría en los altares de los dioses, derramada por la mano del sacerdote, con gran indignación de los españoles, que olvidaban indudablemente sus autos de fe con los herejes, en los que inmolaron á millones de víctimas humanas en aras también de la misma idea religiosa.

En el *Popol-vuh* hay un génesis del pueblo quiché. En él se habla de muchos creadores; pero entre todos sobresale uno supremo, á quien se da los nombres de "Corazón del Cielo" y "Huracán" y en quien se supone que residen tres entidades, el Relámpago, el Trueno y el Rayo, formando una sola persona.

Al referir la creación del mundo se expresa en estos términos "Se mandó, dice, á las aguas que se retiraran. Tierra, dijeron, y al instante se formó. Como una niebla ó nube se verificó su formación y se levantaron las grandes montañas sobre las aguas cual si fueran camarones. Formáronse las tierras, los montes y las llanuras, dividióse el curso de las aguas, y los arroyos se fueron serpenteando á las montañas."

En el mismo estilo suelto, elegante y lleno de poesía continúa el génesis quiché reseñando la creación del mundo.

El hombre, dice, se fabricó primero de barro, y no sirvió. Se hicieron después hombres de corcho y mujeres de espadaña y los hijos é hijas se multiplicaron; pero le faltó el corazón y la inteligencia y se olvidaron del creador, por lo cual fueron secándose y un gran diluvio los ahogó, no quedando de ellos más que los monos, que son un resto degenerado.

Trascurrido un largo período histórico, el génesis habla de nuevos y variados ensayos para la creación del hombre hasta lograr buen resultado.

Las creencias religiosas de los indígenas, sin embar-

go, no revestían la misma forma en todos los pueblos.

En muchos de ellos existía una mitología bien sistemada, con divinidades mayores y menores. Eran las primeras el dios de los cerros, el del hogar, el de las sementeras y el de los muertos; y las otras, el dios de los ganados, el de los guindales, el del agua, etc. que, se personificaban en aquellos objetos ó seres animados, que indicaban la superstición ó las circunstancias de las diversas localidades.

La mitología indígena era completa, y sus divinidades poco más ó menos como las de las mitologías de los pueblos más cultos.

Por lo general las divinidades mayores tenían seis fiestas en el año, y las menores otras seis, que se reducían á quemar nopal en los adoratorios y á bailar después, al son de los instrumentos musicales.

Era solamente en ciertas grandes festividades que se hacían ofrendas de frutos y flores y en algunos pueblos sacrificios de animales y de víctimas humanas.

De esas grandes festividades se conocían dos clases: unas públicas y generales en que todos tomaban parte; otras particulares, que celebraban algunas familias ó determinados individuos.

De las primeras, unas tenían tiempo fijo, verificándose al principio y fin de la estación de las lluvias; otras, cuando lo demandaba alguna necesidad pública.

Para fijar el día y hora de las festividades extraordinarias, así como la clase de sacrificios que convenía hacer, el pontífice consultaba la suerte por medio de los agoreros ó adivinos.

Los pueblos se preparaban con ayunos, martirios y castidad, para tomar parte en las solemnidades del culto, y si no, rasgaban sus vestiduras y ponían cen-

za sobre las cabezas en los días de su ayuno, como lo practicaban los antiguos hebreos. Solían, sin embargo, cual un reflejo de aquella costumbre, tiznarse el cuerpo y extraerse sangre dos veces al día, en señal de penitencia.

Los templos, designados como en México, con el nombre de orchilobos, eran adornados por jóvenes solteros, con ramos y flores entrelazados con gusto. A las mujeres se les prohibía la entrada.

Como en nuestros días, las estatuas se sacaban en procesión por las calles, colocándolas en andas adornadas con oro y pedrería, y llevándolas en hombros de los nobles, al son de atabales, tunes y chirimías.

No todos los adoratorios eran iguales. En unos, destinados al uso común, todos podían quemar nopal; pero en otros, destinados á los sacerdotes, sólo estos podían acercarse á quemar incienso en los grandes días de festividades extraordinarias.

En los pueblos en que se acostumbraba hacer sacrificios sangrientos, había un altar especial (1) que se levantaba en forma de pirámide á la altura de una lanza. Fabricábase con arcilla cruda delante del templo, y por una gradería cavada en la misma arcilla, llegaba el sacerdote á la cumbre del altar y hacía el ofrecimiento del sacrificio en presencia del pueblo prosternado.

Era costumbre general en todo Centro-América, durante las festividades mayores, servir en todas las casas grandes comilonas y también bebidas fermentadas, con las que se emborrachaban los convidados.

Para los sacrificios humanos se solían escoger las víctimas entre los esclavos hechos en la guerra.

Fijada la elección, las víctimas tenían el privilegio

(1) Llamábase *Teocalí*—(N del A.)

de andar libres por la ciudad, en los días anteriores al sacrificio, y de entrar á comer en cualquiera casa sin exceptuar la del Rey; poniéndose especial esmero en agasajarlas y atenderlas.

Llegado el día, los sacerdotes y los nobles tomaban á las víctimas por los cabellos y las conducían al sacrificadero, situado en frente del ídolo, al que dirigían sus preces en alta voz. Atábanlos después á una piedra de forma especial, en que quedaban con el pecho saltado, y en esta forma esperaban la hora del sacrificio.

Momentos después, el gran sacerdote, revestido del ornamento pontifical y con una especie de mitra en la cabeza, se acercaba con un cuchillo de obsidiana en la mano, hería á las víctimas en el lado izquierdo y les extraía el corazón para ofrendarlo. En seguida rociaba con la sangre del sacrificio al ídolo principal, arrojaba algunas gotas hacia el sol y repetía la odiosa ceremonia con los demás ídolos.

Las cabezas de los sacrificados eran colocadas después en otro altar y clavadas en escarpías; permaneciendo así, durante algún tiempo, para que los dioses se acordaran de sus peticiones y también para infundir terror á los enemigos cuando vieran la suerte que los amenazaba.

Los cuerpos de los sacrificados eran cocidos en grandes ollas de barro, y de ellos probaban los sacerdotes y algunas veces el pueblo, como de un manjar sagrado.

La horrible práctica de los sacrificios humanos fue indudablemente importada á América del Viejo Mundo. La encontramos en los antiguos galos y bretones de Europa; se revela en los libros hebreos por el sacrificio de Isaac y llega hasta el siglo XVIII, envuelta en las llamas de las hogueras católicas y protestantes,

levantadas por el fanatismo cristiano en una hora de loca exaltación.

No todos los pueblos de Centro-América gustaban de los sacrificios humanos. Los pipiles perdieron su influencia cuando trataron de establecerlos en el Occidente, y sólo los practicaron los pueblos que dependieron de México ó de inmigraciones aztecas.

La idea filosófica de una vida futura se encontraba generalmente aceptada. Nuestros aborígenes creían en ella con tal fe, que en los sepuleros depositaban armas, intereses y cuanto más juzgaban necesario para el viaje de ultratumba.

Pueblos hubo en que para los preparativos del viaje, llegaron hasta enterrar vivos á los esclavos, antes de la inhumación de los amos, para que se adelantaran á alistarles la posada, y en que hicieran sacrificar á la esposa, en la tumba del marido, con objeto de que se reuniera con él en la otra vida.

El sacerdote ejercía grande influencia en la sociedad indígena.

Se le consideraba como una especie de Providencia, á la que acudían los pueblos en todas sus necesidades y aflicciones. Les conducían en sus emigraciones y en sus batallas, lloraba con ellos en sus derrotas, celebraba sus triunfos, ofrecía los sacrificios, aplacaba la cólera de los dioses y daba á conocer la voluntad divina, para que fuese ejecutada en la tierra.

Siendo tal la importancia del sacerdocio, sólo podían aspirar á él muy determinadas personas.

Por lo regular se escogía entre los príncipes y grandes señores al que era más reputado, para que llenara la vacante. Conducido el neófito á uno de los templos principales, permanecía un año entero entregado á la oración y á ejercicios de piedad, sin serle permitida la comunicación exterior. Terminado el

año se le horadaba el cartilago de la nariz en señal de distinción y entraba al ejercicio de sus funciones, entre las grandes fiestas con que se celebraba el acontecimiento.

Los días de descanso equivalentes á nuestros domingos, eran veintiuno, se repartían en todo el año, y se observaba en la celebración de ellos la más absoluta castidad.

La confesión auricular tampoco era desconocida de los aborígenes y en muchos pueblos existían confesores, encargados exclusivamente de esa delicada misión.

CAPÍTULO VI

Formas de Gobierno, leyes, usos y costumbres

Gobiernos monárquico y republicano—Leyes civiles y penales comparadas con las de España—Trasmisión hereditaria de la Corona—Gobierno interior—Deracho de rebelión—Nobles y plebeyos—Consejo de ancianos—Monarquía moderada—Publicación de las leyes—Prácticas internacionales—Justicia y sistema penal—Respeto á la propiedad—Matrimonios—Poligamia—Abuso con los esclavos—Delitos contra la moralidad pública—Homicidio—Robo—Casas públicas—Alimentos—Dormitorios—Armas—Guerras—Mercados.

Cuando fué descubierto Centro-América, se conocían en el país las formas de gobierno monárquico y democrático usados en el día, aunque con algunas imperfecciones. El derecho público de los aborígenes en esta parte, presenta notables pruebas de adelanto. Comparadas las leyes civiles y aun las penales de algunos pueblos de Centro-América con las que en aquel tiempo regían en España, hay más de una en que el parangón es ventajoso para los primeros.

Mientras Carlos V y Felipe II, ahogaban en el fango de su tiranía las libertades civiles de los pueblos, el monarca indio, que se hacía notar por su crueldad, era legalmente depuesto del trono por la nobleza que elegía un sucesor y castigaba además al déspota con la confiscación de sus bienes.

En las leyes penales del Quiché, por ejemplo, se abusaba mucho de la pena de muerte; pero jamás sus abusos podían compararse con los de España, en cuyas plazas públicas permanecían encendidas las hogueras de la fe y levantados el garrote vil y las horcas infamantes de la tiranía.

En Centro-América se castigaba por la autoridad al esclavo que pretendía sustraerse del dominio de su dueño, mientras en España se dejaba al amo el derecho de vida y muerte sobre el siervo.

Había, sin embargo, otros puntos en la legislación bastante atrasados; pero en lo general se notaba algún adelanto.

La Corona era hereditaria, y cuando fallecía el monarca no recaía en el hijo, sino en el hermano mayor que ya había tomado parte en el gobierno.

Si el jefe de la nación cometía abusos, la aristocracia tenía derecho de destituirlo. Si fracasaba en la tentativa, el jefe de la nación castigaba á los rebeldes con la mayor severidad, aplicándoles el tormento y la pena de muerte, confiscación de bienes y esclavitud de la familia.

Las monarquías no eran absolutas. El rey tenía un consejo de personas notables para la dirección de los negocios públicos, y nombraba, para el gobierno interior de las provincias, á tenientes ó *caciques* que gobernaban de la misma manera.

Las clases sociales se dividían en nobles y plebeyas, y los destinos públicos se alcanzaban por rigurosa escala de ascensos.

Cuando el gobierno era democrático, el pueblo elegía directamente un consejo de ancianos respetables para el desempeño del poder civil. Este consejo elegía á su vez un Capitán para la guerra que, durante la paz, era también el jefe militar. Si no cumplía

bien con sus deberes ó infundía sospechas de traición, los ancianos del consejo, que gozaban de un gran respeto entre el pueblo, lo condenaban á muerte y llevaban á debido efecto esta sentencia.

La monarquía moderada de nuestros días, era también conocida de los aborígenes. En algunos pueblos de Nicaragua ejercía el poder ejecutivo un cacique llamado *teyle*, y el legislativo una asamblea popular á la que se daba el nombre de *monexico*.

El jefe de la nación proponía lo que creía conveniente al bien público, y la asamblea discutía detenidamente el asunto y acordaba lo que debía hacerse.

Las leyes y disposiciones gubernativas y militares, se publicaban por medio de ciertos funcionarios á quienes el cacique entregaba un mosqueador de plumas que le servía de credencial suficiente para presentarse al pueblo haciendo saber la voluntad suprema, escuchada siempre con acatamiento y respeto.

Cuando los funcionarios encargados de la publicación de las leyes, se hacían indignos de la confianza del cacique, se les quitaba la insignia, y con esto bastaba para que no volvieran á merecer fe pública.

Algunas tribus acostumbraban también la promulgación de las leyes por medio de mensajeros reales que recorrían las poblaciones pregonándolas á voz en cuello. Para reunir al pueblo, agitaban fuertemente una vara que portaban como símbolo distintivo, en la cual había una especie de cascabel de madera que hacía ruido. Al oír aquella señal corrían presurosos los vecinos á reunirse.

Carecían de prácticas internacionales dignas de este nombre. Las diversas tribus que poblaban el país, se hacían la guerra frecuentemente, sin causa justa, sin declaratoria previa y sin otra mira que la de acre-

centar sus dominios. Las ciudades vencidas eran arrasadas, los campos talados y los prisioneros vendidos como esclavos ó sacrificados á los ídolos.

La justicia se administraba regularmente por tribunales compuestos de individuos escogidos entre los miembros de la aristocracia, á quienes no se podía separar del cargo mientras lo desempeñaban bien. Ellos conocían de todos los asuntos con excepción de aquellos que, por su importancia, correspondían al monarca y se encargaban de la recaudación de tributos; pero eran severamente castigados si prevaricaban y también si defraudaban las rentas.

La pena de muerte se ejecutaba de varias maneras; pero algunos pueblos preferían despeñar á los reos de grandes alturas.

Distinguíase especialmente la sociedad indígena, por su respeto profundo á la propiedad ajena, de tal manera que enterraban con sus riquezas á las personas que morían sin sucesión legítima.

El matrimonio, más adelantado que en nuestros días, era un contrato puramente civil que se celebraba con más ó menos ceremonias, según la categoría de los contrayentes. Se reconocían impedimentos de consanguinidad, pero solamente en la línea recta y en la colateral masculina hasta el primer grado.

La celebración del matrimonio difería poco en los distintos pueblos. En Nicaragua, el padre del novio ó el que hacía sus veces, se presentaba en casa de la pretendida y la pedía para esposa de su hijo. Si la solicitud era aceptada, obsequiábase á los amigos con grandes fiestas y comilonas. Después el jefe de la población unía á los novios en matrimonio, juntándoles los dedos auriculares de la mano izquierda y advirtiéndoles del deber que contraían de vivir en paz y de trabajar para aumentar sus haberes.

Concluido el acto, los convidados se retiraban y los recién casados permanecían largo rato viendo arder una astilla de *ocote* ó pino resinoso hasta su completa extinción, con lo cual terminaba la ceremonia.

En otros pueblos, se hacían las peticiones por medio de mensajeros cargados de dádivas, cuya aceptación envolvía un consentimiento tácito. Volvían segunda y tercera vez con nuevos regalos, y en la última recibían el consentimiento expreso.

Señalado el día, se iba con gran concurrencia á traer á la novia en andas ricamente adornadas.

Una comisión del suegro salía á encontrarla al camino, y llegada á la casa del novio, se sacrificaban codornices, se quemaba incienso se daba gracias á los dioses por el feliz arribo de la joven, á quien se colocaba en un tálamo, para que presenciara los bailes, cantos y otros regocijos.

El cacique tomaba después las manos de los contrayentes y las unía, ataba sus vestidos por los extremos, los amonestaba á que fueran buenos casados y daba por terminado el acto.

En algunas tribus era permitido tener varias mujeres, siendo una la legítima; pero en otras, se castigaba con penas severas al que tenía más de una mujer.

Cuando un esclavo abusaba de la hija de su señor, con consentimiento de ésta, se les enterraba vivos á los gritos de “mueran los malvados,” y no se les consideraba dignos de que se celebraran exequias ni se llevase luto por ellos.

Los delitos contra la moralidad pública, si atentaban contra las leyes naturales, eran castigados severamente, entregando á los culpables al furor de los muchachos, quienes los apedreaban sin descanso. Si eran de otra clase, tenían distintas penas, aunque todas severas.

El homicidio no se castigaba con la muerte del culpable, sino con una compensación que se daba á la familia.

En cuanto al hurto, era la costumbre que si se tomaba al ladrón *in fraganti*, se le entregaba al dueño de la cosa hurtada, quien lo conservaba en su casa atado, hasta que restituía lo hurtado ó pagaba su equivalente. Si no podía pagar, se le rapaba la cabeza, y cuando el pelo le crecía, ya su mala reputación estaba sentada.

La inhumana y bárbara costumbre de azotar á los ladrones, que hasta el día existe en Nicaragua, es de origen español.

En algunos pueblos había casas de tolerancia bien organizadas.

Nuestros indígenas tomaban sus alimentos cocidos y condimentados con chile, achiote y otras yerbas odoríferas.

Usaban el maíz tal como lo acostumbramos hoy en día, en pinol, tortillas, tamales y totopostes, y hacían con él, en estado tierno, variedad de composiciones sustanciosas y agradables, comidas ó bebidas, en las cuales era el maíz la base principal, como el atole, el elloatole, el chilatole, etc.

Sembraban el cacao con ciertas ceremonias, escogiendo, entre varias mazorecas, los mejores granos que zahumaban y dejaban al sereno durante cuatro noches en la época del plenilunio en la cual, como complemento de la ceremonia, se juntaban con sus mujeres dando á aquel acto una grande importancia.

El chocolate, que era muy caro, sólo podían usarlo las personas ricas y de elevada posición.

Acostumbraban dormir en lechos más ó menos rústicos, según el grado de cultura de los diferentes pueblos, cubriéndolos con colchones de pluma ó paja en los climas frescos, y solamente con esteras más ó me

nos ricas en los templados, en que también se hacía uso de las hamacas.

Usaban para la guerra, lanzas, macanas flechas, rodajas y espadas de madera con dientes de pedernal, de piedra ó de metal endurecido.

En el campo de batalla, cada soldado hacía suyo lo que recogía; y cuando los jefes militares no se creían aptos, acostumbraban nombrar un general experimentado que hacía sus veces en la campaña. Si éste moría y el jefe no estaba pronto para acaudillarlo, todos los soldados huían despavoridos.

Cuando las tropas volvían derrotadas, el cacique y los demás habitantes salían en cuerpo y deshechos en llanto á recibirlos. Si por el contrario regresaban victoriosos, el júbilo era inmenso y los vencedores colmados de aplausos y agasajos.

Los mercados públicos se llamaban *tianques*, y en ellos se vendían, no solamente los artículos de uso doméstico, sino también esclavos, telas, plumas, alhajas, etc.

En algunos *tianques* de Nicaragua no se permitía la entrada sino á las mujeres y á mancebos de poca edad. También en algunos pueblos de Nicaragua solía escogerse, entre los ancianos solteros y más respetables de la tribu, á uno que por elección popular, ejercía las delicadas funciones de confesor. Una calabaza, pendiente del cuello, era el distintivo de su alta dignidad, y ante él se acusaban los indígenas de sus culpas y pecados para con las divinidades. El confesor les imponía la penitencia de llevar leña al templo ó barrerlo, y esto se ejecutaba puntualmente.

CAPÍTULO VII

Nicaragua antes de la conquista

Independencia de Nicaragua—Señoríos en que se dividió—Formas de Gobierno—Divisiones sociales—Niquiranos, chorotecas, chontales y caribisis—Cultura de algunas tribus—Sus conocimientos científicos é industriales—Costumbres sociales, religión, cultos, usos y costumbres—Monedas y transacciones—Ciudades primitivas.

Hemos visto en otro lugar, tanto á Nicaragua como á algunos otros pueblos, aprovecharse de las revoluciones del gran reino del Quiché, para proclamar su independencia de esta nación á fines del reinado de Kicab I.

Desde aquella fecha, el territorio nicaragüense continuó dividido en señoríos ó cacicazgos que se manejaban con total independencia unos de otros.

Había en el país dos clases de gobierno: la una, republicana democrática y la otra, monárquica moderada.

En la primera, desempeñaba el poder civil un consejo de ancianos respetables electos por el pueblo. Estos ancianos elegían á su vez un capitán para la guerra que tenía las mismas funciones que nuestros actuales comandantes generales de las armas; pero si el capitán no cumplía con sus deberes ó infundía sospechas de traición, se le privaba de la vida y se le confiscaban sus bienes.

En la forma monárquica, ejercía el poder supremo un cacique llamado *teyte*, y hacía de parlamento una asamblea popular.

Había también divisiones sociales, y la aristocracia, como la de todas partes, era por lo general, dura, orgullosa, hipócrita y no usaba de piedad con los vasallos.

El territorio, á mediados del siglo XVI, estaba dividido de la manera siguiente:

Los niquiranos ocupaban toda la parte comprendida entre el Gran Lago y el Pacífico, inclusive las islas de Ometepe y Zapatera, (1) y se extendían hasta el río Tamarindo, teniendo por jefe á Nicarao, poderoso cacique que residía en Nicaraocallí, ahora Rivas.

Los choroteganos, descendientes de los toltecas de México, se dividían en dirianes y nagrandanos. Ocupaban los primeros, desde Jalteba, á orillas del Gran Lago, hasta Managua, y tenían por jefe, al cacique Tenderí, que residía en la ciudad central de Nindirí; y los otros, desde Imabite, hoy puerto de Momotombo, hasta León, y se gobernaban con entera independencia de los dirianes, con quienes se mantenían en perpetuas guerras.

Los chontales, restos degradados de los antiguos mames, ocupaban las vertientes de la cordillera central, más allá de los lagos; vivían apartados de las relaciones de sus vecinos que los consideraban como salvajes; carecían de grandes ciudades y tenían por pueblos principales, á Lovigüisca, Matagalpa y Palacagüina.

Por último, los caribisis, dueños de toda la vertiente Oriental de la cordillera andina, se extendían hasta las playas del Atlántico, formando tribus dispersas, que hablaban distintos dialectos de una misma lengua.

(1) Las islas de Ometepe y Zapatera estuvieron dedicadas al culto y fueron una especie de santuario, según lo comprueba la multitud de grandes ídolos que hasta el día hay en ellas—(N. del A.)

No todas las tribus de Nicaragua habían alcanzado un mismo grado de cultura, pues mientras los niquiranos y choroteganos reflejaban todavía la civilización que recibieran del Quiché, los chontales y caribisis se encontraban en un estado semi-salvaje.

Los niquiranos y chorotegas poseían grandes conocimientos en astronomía y conocían las propiedades medicinales y colorantes de las plantas.

Cultivaban los mismos granos, frutos y raíces alimenticias que los aborígenes del Quiché, y beneficiaban el añil y la cochinilla, aunque de un modo imperfecto.

Trabajaban admirablemente el barro para vajillas domésticas, con buenos barnices y colores que resistían la acción del fuego; labraban medianamente la piedra dura para armas é instrumentos; daban consistencia al cobre, mezclándolo con hierro y estaño; y sabían hacer toda clase de cordeles, hamacas, esterres, mantas de algodón de varias clases, y dibujos y tegidos de plumas.

Las costumbres de la sociedad nicaragüense eran por lo general suaves; su índole alegre; sus ocupaciones, rústicas; y aunque su moralidad era muy grande, sus guerras se resentían de mucho encarnizamiento y tenacidad.

Los movimientos se hacían á pie por senderos estrechos, pero bien trazados, secos en todo tiempo y conservados siempre en religioso buen estado.

Los trasportes se hacían al hombro, por mozos de cordel que llevaban una carga de 75 libras, recorriendo con ella un trayecto diario de 8 á 10 leguas.

La profesión más considerada, entre las varias que se conocían, era la de comerciante.

Edificábanse las habitaciones con madera ó con cañas, y los techos de los edificios se cubrían con pal-

mas ó paja; pero á pesar de aquellos pobres recursos arquitectónicos, algunos de sus edificios solían presentar un aspecto imponente.

La religión era en el fondo, la misma de los nahoas, aunque algo se diferenciaba en las formas.

Reconocían dos dioses principales que eran, Fama-gostad y Zipaltoval, varón el uno, hembra el otro. Después de un cataclismo que destruyó el mundo, ellos lo repoblaron con hombres, animales y plantas nuevas.

Los dioses menores eran los mismos de los otros pueblos.

El culto, como ya lo vimos en otra parte, era semejante al practicado por todos los pueblos de origen nahoa, aunque los sacrificios humanos no eran frecuentes.

Tenían libros y archivos que fueron tomados por los españoles y quemados solemnemente en la plaza de Managua, por el R. P. Bobadilla, en el año de 1524.

El cacao les servía de moneda en sus mercados y en sus ferias, que también solían tenerlas. Lo dividían en *contles* de 400 almendras cada uno: veinte contles formaban un *shiquipil*; y tres *shiquipiles* una carga.

Managua, que existió siempre en el mismo lugar en que hoy la vemos, fué una grande y hermosa población indígena que se extendía por la costa del lago de su nombre, entonces Xolotlán, en una extensión de cuatro leguas, hasta la actual Villa de Tipitapa, en donde residía el cacique que la gobernaba, uno de los más poderosos entre los pueblos dirianes. La población contaba cuarenta mil habitantes que vivían en casas diseminadas paralelamente á la playa.

Nicaraoallí (Rivas), Jalteba (Granada), Niquinohomo, Masaya, Jinotepe y Masatepe, fueron también

populosas é importantes ciudades en los primitivos tiempos de Nicaragua.

Para señalar los sepulcros, se levantaban sobre ellos túmulos de piedra ó de tierra, que existen hasta el día en los cementerios de muchos pueblos indios.
